

POSIBLES ANTECEDENTES DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA

Margarita M. HELGUERA
Universidad Nacional de México

LA HISTORIA DE MÉXICO tuvo en el siglo XIX un episodio que siempre será motivo de estudio y curiosidad: la intervención francesa de 1862. Fue éste uno de los más críticos momentos de nuestro siglo pasado, un momento clave en la trayectoria de México. La intervención merece los más serios estudios desde el punto de vista histórico, pero es indudable que podría ser el tema central de una gran obra literaria (no es de extrañar que Rodolfo Usigli haya escrito una de sus mejores obras inspirándose en esos sucesos). Las consecuencias trágicas que la intervención tuvo para sus protagonistas europeos parecen el ejemplo mismo de lo que la fortuna adversa puede ocasionarles a los mortales: ruina, desolación, locura y muerte. Napoleón III, protagonista principal, cayó vertiginosamente desde una situación, en apariencia brillante, hasta el terrible desastre de Sedan en 1870. A muchos siglos de distancia parece reproducirse la dramática historia del rey Creso que Herodoto nos cuenta en su obra. Los otros personajes principales, Maximiliano y Carlota, corrieron con una suerte aún más desdichada. El elegante, refinado y rubio Maximiliano, vástago ilustre de una de las casas reales más viejas y poderosas del mundo, acabó su vida solitario, enfermo y angustiado, frente a un pelotón de fusilamiento en una ciudad provinciana de un país hostil y que le era casi desconocido. Carlota, bella y llena de ambición, tuvo que salir de México a toda prisa, con la agobiante seguridad de que el tan deseado imperio se había perdido sin remedio; pero no sólo se perdió el imperio sino que Carlota perdió la razón. Y para que el suceso fuera más rápidamente conocido en todo el mundo y tuviera un efecto más impresionante, la casualidad quiso que

Carlota tuviera su primer gran ataque de locura en pleno Vaticano. Realmente una especie de halo fatal parece envolver las vidas de estos tres personajes, tan llenos de oropel al principio y tan lamentables al final de la aventura.

Por otro lado, por el lado mexicano de la tragedia, aparece un personaje lleno de fuerza dramática, aunque sus características tengan, comparándolo con los tres europeos, un aspecto menos esplendoroso: Juárez. Los tres protagonistas imperiales tienen como antagonista a este silencioso, impenetrable y positivamente enigmático personaje que fue Benito Juárez. Napoleón III, Maximiliano y Carlota resplandecen, elegantes, enojados y condecorados. Napoleón tenía unos grandes bigotes; Maximiliano una rubia barba. Juárez solía llevar como atuendo habitual una levita oscura, no tenía ni barbas, ni bigotes, pero se apoyaba en algo mucho más sólido que sus rivales: la razón y la justicia. A la postre Juárez, el que de niño había sido un humilde pastor, acabó fusilando al archiduque de Austria y causando inquietud y malestar al sobrino de Napoleón el grande.

El resultado funesto que la intervención tuvo para los archiduques y para el emperador de los franceses condiciona la imagen que el curioso lector se forma de este episodio. El lector, después de conocer someramente los acontecimientos, llega a la conclusión de que la intervención fue una aventura absurda y Maximiliano y Carlota unos insensatos al embarcarse en ella. Sin embargo, si se profundiza un poco, se descubre que los archiduques no tenían en Europa un porvenir muy claro. Francisco José, el emperador de Austria, no parecía desear que su hermano Maximiliano ocupara cargos de primera categoría; Maximiliano y Carlota no tenían más futuro que vegetar en su castillo de Miramar; para la ambición de ambos, en especial de Carlota, tal situación no era nada deseable. Llega a comprenderse que, tras recibir a la delegación de miembros del partido conservador mexicano y confiando en la ayuda de Napoleón III, Maximiliano y Carlota se lanzaran con positiva avidez a la empresa mexicana.

¿Pero, y Napoleón III qué motivos tuvo para meterse en tales complicaciones?

Es de sobra sabido que la intervención empezó siendo triple, en ella participaban los gobiernos de España, Gran Bretaña y Francia. Los acuerdos se tomaron en una convención reunida en Londres en octubre de 1867. Ingleses y españoles venían dispuestos a cobrar sus deudas valiéndose de procedimientos amenazadores, pero sus intenciones no parecían ir más allá y en la convención de Londres se habían comprometido a no interferir en los asuntos de política interna de México. (Tal vez España tuviera otros proyectos, pero el talento y clara visión de Juan Prim evitaron mayores complicaciones). Pero muy pronto la actitud francesa resultó cada vez más agresiva contra el gobierno de Juárez y los buenos oficios de Manuel Doblado resultaron inútiles. La intención del gobierno de Napoleón III era claramente la de dominar militarmente México, con vistas a dominarlo políticamente, aprovechando una serie de circunstancias favorables en la política internacional.

Al llegar a este punto del conocimiento el lector se plantea una pregunta de difícil contestación: ¿qué se proponía Napoleón III, qué proyectos tenía sobre México? ¹ En efecto, el lanzarse a una empresa transatlántica tan costosa y tan complicada sólo se comprende suponiendo que el gobierno francés tuviera la más completa seguridad en su éxito y suponiendo, también, que el resultado de ese éxito sería algo sensacional para Francia. Ahora bien, esas risueñas visiones que el dominio de México parecía prometer ¿cómo se formaron, qué origen tuvieron?, ¿qué creían los franceses que iban a encontrar en México?

Lo primero que se le ocurre a uno es que los informes de los representantes diplomáticos franceses acreditados en México fueron la base sobre la que el gobierno francés edificó su empresa. Hasta cierto punto tal suposición es verdadera.² Tanto el vizconde de Gabriac, como su sucesor Dubois de Saligny, como el jefe de las fuerzas expedicionarias francesas, almirante Jurien de la Gravière, escribieron siempre sus informes en apoyo de la intervención y con total confianza en el fácil éxito militar de la empresa. Ninguno de los tres manifestó nunca la menor duda por el triunfo de la expedición

y ninguno de los tres tuvo la menor vacilación en cuanto a la legalidad y justicia de la intervención; al contrario, como muchos de sus compatriotas, estaban convencidos de que la intervención francesa salvaría a México de la disolución y del caos a que sus guerras civiles le estaban conduciendo, así como de la muy positiva amenaza de que los Estados Unidos se lo anexaran.

Sin embargo, estos informes diplomáticos aunque alentaron y reforzaron el proyecto no parecen ser ni su origen, ni su apoyo único. ¿Habrán sido los conservadores mexicanos que residían en Europa los que hicieron nacer el proyecto en el gobierno francés? Pasan por la memoria todos los manejos e intrigas de personajes como Gutiérrez de Estrada, Almonte, Hidalgo, Miranda, etc. Los intentos de este grupo por hacerse oír, unas veces, por Isabel II de España, y las más por Napoleón III. Su apoyo al archiduque Maximiliano en quien vieron un príncipe ideal para México —no sabe uno basándose en qué criterio— y su conexión estrecha con el partido opuesto al gobierno de Juárez. Pero resulta difícil admitir que un grupo de extranjeros expatriados tuviera tal fuerza de convencimiento y que el gobierno francés les diera crédito. Sin duda no fueron las maniobras de este grupo de conservadores las que incubaron en Francia la idea de la intervención.

Ya llegado a este punto y completamente intrigado el curioso se pregunta cuál habrá sido el poderoso aliciente que impulsó al gobierno francés a decidir la intervención y a suponer, sin género de duda, que de dicha intervención se obtendrían frutos brillantísimos. Y entonces se descubre una larga, insistente y abundante presión que la opinión pública francesa fue recibiendo durante toda la primera mitad del siglo XIX y que pudo influir, ¿por qué no?, en el criterio del propio gobierno imperial: una serie continua de libros narrando experiencias de viajeros franceses en México.

Es un hecho bien conocido que la corona española nunca vio con buenos ojos que visitantes extranjeros recorrieran sus posesiones. Los relatos de viajes por México durante los siglos coloniales son relativamente escasos, aunque entre ellos esté la obra maestra de este género: el *Ensayo político sobre*

la Nueva España del barón Alejandro de Humboldt. Precisamente el *Ensayo* tuvo una gran influencia en la opinión pública europea y revivió la idea, ya vieja, sobre la riqueza fabulosa de México.³ El *Ensayo político* ofreció a Europa la imagen de unas regiones inmensas, muy ricas, de muy variadas riquezas, pobremente explotadas por una metrópoli en decadencia. La independencia de México, unos años después, dejó abiertas las puertas a la especulación. Aquella admirable riqueza había dejado de tener dueño y estaba entregada a sus propias fuerzas. La codicia y la curiosidad europeas, dos características esenciales de la cultura de occidente, sólo necesitaban un pequeño estímulo para fijarse sobre México.

Al convertirse en nación independiente, México permitió con cierta facilidad la entrada de extranjero; en su territorio. Franceses, ingleses y alemanes recorrieron frecuentemente nuestro país y muchos de ellos fijaron aquí su residencia con el deseo de emprender algún rápido y lucrativo negocio que les permitiera volver enriquecidos a su patria. La colonia extranjera más numerosa asentada en México fue siempre la francesa (exceptuando naturalmente a los españoles)⁴ y, asimismo, los viajeros escritores franceses fueron los más numerosos durante la primera mitad del siglo XIX.⁵

Un nexo sutil se fue estableciendo, en esa época, entre los dos países, México y Francia, por el hecho de residir en el primero un importante núcleo de población procedente del segundo y porque los lectores franceses fueron recibiendo información abundante sobre nuestro país a través de las obras de compatriotas y contemporáneos suyos.

Hay que advertir que la abundancia de relatos de viajes demuestra que fue éste un género literario muy solicitado durante el siglo pasado; con frecuencia las obras que mencionaremos recibieron los honores de una segunda, y a veces tercera edición, aunque realmente no sean libros de una calidad particularmente notable. Esto refuerza la impresión de que la literatura viajera gozaba de gran demanda y de que México era tema de cierto interés para los lectores franceses.

Ahora bien, ¿qué decían sobre México estos viajeros?, ¿qué tipo de noticias juzgaban dignas de ser conocidas en Francia?

Analizando algunos libros de viajes por México tendremos una respuesta a estas preguntas y tendremos cierta idea de la opinión que el francés medio tenía sobre México.

LOS VIAJEROS CUYAS OBRAS vamos a utilizar forman un conjunto bastante heterogéneo. Hay que añadir que conocemos, en general, pocos detalles de sus vidas, las noticias que aquí se presentan proceden fundamentalmente de sus propias obras. Las obras, por su parte, son tan desiguales como sus autores, unas son buenas y bastante acertadas, otras parecen pura fantasía con pocos fundamentos; unas son benévolas, otras son hostiles. Algunos de estos libros fueron redactados casi al mismo tiempo que su autor viajaba (el diario es una costumbre muy característica del siglo XIX, muchos de estos libros fueron, en su primera versión, un simple diario de viaje), otros datan de años después, cuando el autor en la calma de su gabinete organizó sus recuerdos y sus notas.

El más antiguo de los que vamos a citar es un autor que se firmaba J. C. Beltrami. Su obra fue escrita en francés y publicada en París, probablemente en 1830, Beltrami firmó el prólogo en diciembre de 1829. Nosotros hemos trabajado con una edición traducida al español y publicada en 1852 por la imprenta de Francisco Frías, en Querétaro. En esta edición el libro se llama sencillamente *México*. La obra está planeada en forma de epistolario y la primera carta la fechó el autor en Tampico el 28 de mayo de 1824. Este Beltrami no era en realidad francés, pero residía en Francia y escribía en francés. Probablemente era un desterrado político; algún principado italiano, sometido a la reacción que siguió a la caída de Napoleón I, lo persiguió por sus ideas liberales. Él afirma que viajaba por placer, por curiosidad y que los gastos salían de su propio bolsillo, e insiste frecuentemente en la escasez de sus medios. Su obra es una especie de compendio de historia de México, para ilustración de las personas que desconocieran totalmente nuestro país. Insiste muy particularmente en la expedición de Francisco Javier Mina, pues le parece una hazaña notable, cuyo recuerdo aún está fresco. Es Beltrami un observador benévolo; en general todo le parece

bien y merece su aprobación. Este personaje era violentamente anticlerical, tenía por España verdadera fobia, lo cual nos inclina a creer que tal vez fuera de origen napolitano. Era hombre de cierta cultura clásica, más humanista que científica, probablemente ejerció la carrera de leyes.

Mencionaremos ahora a un joven colono de la zona del río Coatzacoalcos, Pierre Charpenne. Charpenne llegó a México muy joven, de unos veinte años aproximadamente. Era natural del Mediodía de Francia y vino a México por espíritu de aventura, deseando enriquecerse rápidamente. No le sonrió la fortuna y tras un año de penalidades, fatigado y desanimado volvió a su patria. Su libro es un relato de viajes sencillo y agradable; era un gran amante de las bellezas naturales y todos sus gustos y afinidades se inclinaban hacia el romanticismo. El viaje de Charpenne data de 1831; el libro fue publicado al poco tiempo de su regreso a Francia y se titula *Mon voyage au Mexique*.

Sigue en fecha un autor muy importante: Michel Chevalier, quien viajó por los Estados Unidos y por México entre 1833 y 1835. Michel Chevalier no era un viajero vulgar, era un agente del gobierno francés y, según afirma él mismo, Adolfo Thiers lo envió a observar las obras públicas en los Estados Unidos, especialmente los ferrocarriles, de cuya introducción en Francia era Chevalier ferviente partidario. Chevalier es una figura muy distinguida, hombre muy concienzudo en sus trabajos, nos ha dejado una obra notable sobre los Estados Unidos, que contiene numerosas referencias a México: *Lettres sur l'Amérique du Nord*, editada en París en 1837. Sobre México en especial publicó también unas *Lettres* (que no hemos podido encontrar) entre julio y agosto de 1837 en el *Journal des Débats*. Con motivo de la expedición contra México, organizada a finales de 1861, volvió a editar esas cartas o artículos, ahora en forma de libro y ampliándolas considerablemente, con el título de *Le Mexique ancien et moderne*.

Chevalier hizo estudios en la Escuela Politécnica de París, saliendo de ella con el grado de ingeniero de minas. Sin embargo no fue su profesión la que le dio renombre, sino sus

estudios en cuestiones de economía política, materia en la cual se le respetaba como gran autoridad. En su juventud había sido un entusiasta seguidor de las ideas de Fourier y Saint-Simon. Más tarde fue profesor de economía política en el Colegio de Francia y miembro distinguido de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Durante el régimen de Napoleón ni gozó de gran influencia, fue senador y consejero de estado; el importante tratado del libre cambio, firmado en 1860 con Inglaterra, fue negociado por él en la parte francesa.⁶

Citaremos a continuación *Mexique et Guatemala* de un señor M. De Larenaudière, editada en París en 1843. Poca cosa podemos decir de este autor, su libro insiste, sobre todo, en cuestiones de geografía y de ciencias naturales. Dedicó cierta atención a la historia antigua de México, basándose en Clavijero. Cita abundantemente a Humboldt (cosa que todos hacen) y menciona, también, a su predecesor Beltrami.

Usaremos bastante a un autor cuyo nombre era Isidore Löwenstern quien publicó en París en 1843 una obra titulada *Le Mexique, souvenirs d'un voyageur*. Löwenstern no era francés, era un judío austríaco convertido luego al catolicismo, pero su lugar habitual de residencia era Francia y escribía sus obras en francés. Fue miembro correspondiente de varias sociedades científicas francesas. La mayor parte de sus obras versan sobre asuntos de arqueología y numismática. Era persona acaudalada, aunque al final de sus días se vio en necesidades por los malos manejos de un administrador. Gracias a su fortuna personal pudo realizar largos e interesantes viajes por el Oriente, por América e incluso llegó a China. A pesar de su fortuna y de las facilidades que ésta le proporcionaba, Löwenstern era persona de humor desapacible y poco comprensivo; en México encontró pocos motivos de satisfacción y muchos de queja.

Por las mismas fechas del viaje de Löwenstern, poco más o menos, estuvieron en México dos novelistas. El más notable se llamaba Eugenio Gabriel Luis de Bellemare, pero firmaba sus producciones con el pseudónimo de Gabriel Ferry. Este autor, hoy casi desconocido, gozó en su tiempo de notoriedad, sus obras tuvieron varias ediciones y algunas de ellas merecie-

ron un prólogo lleno de alabanzas de George Sand. Vivió Bellemare unos cuantos años en México; según parece, había venido a arreglar una cuestión de intereses familiares, falleció en un naufragio en aguas americanas en 1852. Escribió varias obras que tienen como escenario México. Son novelas de tipo costumbrista y pintoresco, bien escritas y muy amenas. Su fama literaria se asentaba, precisamente, sobre sus libros de asunto mexicano, considerados por sus contemporáneos como muy ilustrativos y curiosos. *Scènes de la vie mexicaine* es una de sus obras.

El otro novelista es Paul Duplessis, muy inferior en simpatía y calidad literaria a Ferry. Las obras de Duplessis que se han consultado son *Aventures Mexicaines* y *Un mundo desconocido*. La primera se ha consultado en una tercera edición fechada en París en 1848; la segunda la conocimos en una traducción española hecha en España y que data de 1861. La obra se presenta como procedente de un famoso autor y muy instructiva para penetrar en el conocimiento de México. Las obras de Duplessis no parecen justificar el éxito y las varias ediciones, pero el hecho es que en su tiempo fueron muy leídas. Son relatos parecidos a los de Gabriel Ferry, exagerando la nota pintoresca y el costumbrismo.

Siguiendo cierto orden cronológico mencionaremos ahora a un autor de quien tenemos muy pocos informes: Charles Olliffe, cuya obra lleva el título de *Scènes américaines, dix-huit mois dans le Nouveau Monde*. Es un librito muy pequeño y muy superficial, lleno de erudición clásica y de arranques líricos. Las únicas afirmaciones un poco sólidas proceden siempre de citas del *Ensayo* de Humboldt. Consultamos esta obra en una segunda edición fechada en París en 1853. El autor advierte en el prefacio que se ha decidido a lanzar esta segunda edición en vista del gran éxito alcanzado por la primera. Este detalle nos hace sospechar el interés con que eran acogidas las noticias sobre México, cuando una obra insignificante obtiene los honores de una segunda edición.

Entre 1846 y 1847 visitó Yucatán un señor llamado Arthur Morelet, como etapa de un viaje por América central y la isla de Cuba. No tenemos informes sobre la personalidad de este

viajero; él afirma que viajaba por placer con la intención de conocer cosas nuevas e interesantes y que los gastos salían de su propio bolsillo. El libro en que narra sus viajes fue editado en 1857, lleva el título de *Voyage dans l'Amérique centrale et le Yucatan*.

Entre 1852 y 1854 causaron inquietud en México la persona y los proyectos de un aventurero notable, el conde francés Gastón de Rousset-Boulbon. Este aventurero tenía unos planes confusos que parecían encaminarse a la conquista de Sonora y a la emancipación de ese estado, separándolo de la nación mexicana y creando una nueva república al estilo de Texas, pero bajo la tutoría de Francia. El proyecto fracasó y Rousset perdió la vida. Entre los franceses que le acompañaron o que, por lo menos, le conocieron estaba un Hyppolite Coppey que publicó un folleto apologético en memoria del conde, explicando o justificando sus proyectos. Conocemos esta obrita en una traducción y edición modernas, pero otro viajero francés, autor de una obra muy interesante, cita el folleto de Coppey en su obra publicada en 1857. Este segundo autor es Mathieu de Fossey.

Nos ocuparemos ahora de un autor muy importante, Jean Jacques Ampère. En este caso la importancia depende más de la calidad de la persona que de la calidad de la obra. Efectivamente, la obra sobre América de Ampère es buena, pero no excepcional; en cambio, la personalidad y el total de los trabajos de Ampère son muy interesantes. Ampère era hijo de un sabio ilustre, André Marie Ampère físico notable que se hizo inmortal por sus trabajos en el campo de la electricidad. Ampère hijo se dedicó a la historia y a la filosofía, fue profesor de historia de la literatura francesa en el Colegio de Francia, miembro de la Academia francesa y colaborador y socio de varias publicaciones y sociedades científicas. Viajó infatigablemente, causando la amplitud de su cultura la admiración de sus contemporáneos. Es autor de varias obras importantes sobre cuestiones literarias, pero la que aquí se mencionará lleva el título de *Promenade en Amérique*, consultado en una segunda edición publicada en 1856. Ampère llegó a México en enero de 1852 y salió en abril del mismo año.

Viene ahora un autor destacado, no por la fama de la persona, sino por la indiscutible calidad de la obra: Mathieu de Fossey. De Fossey llegó a México como colono y se estableció en las orillas del Coatzacoalcos. La colonización fracasó y los colonos pasaron grandes penalidades, muchos de ellos volvieron a Francia, otros murieron por efecto de enfermedades tropicales. De Fossey perseveró, a pesar de las dificultades, y el resto de su vida residió en México, donde llegó a gozar de cierta fortuna y consideración. Como el clima de la ciudad de México no le probaba residía habitualmente en Oaxaca. Al poco tiempo de llegar a México Mathieu de Fossey publicó una obrita sobre el país a donde venía como colono. Esta obra se consultó en una versión española publicada en México en 1844. Lleva el título de *Viaje a México*. Cuando De Fossey llevaba ya muchos años de estancia en México rehizo su obra, ampliándola considerablemente. Esta nueva versión fue publicada en París en 1857 con el nombre de *Le Mexique*. De Fossey era hombre inteligente y buen observador, su larga estancia le permitió un conocimiento muy superior al de los otros viajeros, su obra nos proporciona una visión interesante y bastante completa de la realidad mexicana de su tiempo, sobre todo en los aspectos económicos.

En 1857 publicó en París su *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique* el abate Emmanuel Domenech. El abate vino a cumplir una misión religiosa a Texas en 1846. Domenech era entonces muy joven y estaba recién ordenado. Por estas fechas Texas no formaba ya parte de México, pero el misionero en sus recorridos atravesaba con frecuencia la frontera, internándose en territorio mexicano. La vida misionera aparece en este libro durísima y agotadora, a tal grado que el abate, pese a su juventud, enfermó gravemente y tuvo que volver a Francia en 1852. Abandonado por cuestiones de salud la labor misionera se dedicó a escribir, haciéndose de cierto prestigio como autoridad en asuntos americanos. Probablemente esa fue la razón de su relación, años más tarde, con los sucesos de la intervención francesa. Domenech, según parece, viño al principio como capellán de las fuerzas expedicionarias francesas, y poco después volvió a Francia con una

comisión que podríamos llamar agente de prensa y propaganda de Maximiliano. De esta época data una obra titulada *Juarez et Maximilien*.⁷

En 1862 publicó Lucien Biart su libro *La Tierra Caliente*, obra que conocemos en una traducción española de reciente publicación. Lucien Biart era un naturalista que residió bastantes años en México, publicando varias obras de escenas mexicanas, de lectura amable. El autor conoció a fondo las regiones por él descritas porque tenía el hábito de viajar a pie, buscando ejemplares para sus colecciones. Sus especialidades eran la botánica y la entomología.

Finalmente mencionaremos a Désiré Charnay, quien en su tiempo tuvo cierta fama como arqueólogo. Algunas de sus obras más importantes están dedicadas a las antigüedades mexicanas: *Anciennes Villes du Nouveau Monde y Cités et ruines américaines*. Charnay tradujo al francés las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, vino a México comisionado por el gobierno de Napoleón III en 1857, con el propósito de estudiar las antiguas culturas mexicanas. Producto de este viaje son los libros antes citados, uno de los cuales, *Cités et ruines américaines* lo dedicó el autor al emperador de los franceses con gran efusión.

Los libros anteriormente mencionados son sólo una muestra, tomada al azar, de la abundante corriente literaria que los franceses le dedicaron a México durante todo el siglo pasado.

ANALIZADOS SUPERFICIALMENTE estos escritores viajeros se descubre la gran variedad que reina entre ellos. Unos, como Beltrami, son optimistas y todo lo encuentran bien; otros como Löwenstern o Chevalier son pesimistas y ven muy oscuro el futuro de México. Unos, como Olliffe, poseen una gran cultura clásica; otros, como Chevalier o De Fossey, se especializan en cuestiones de economía y política; otros más se interesan por la arqueología, como Charnay; algunos clasifican plantas e insectos, como Biart. Los hay difíciles de acomodar en el marco de un conocimiento específico, como Morelet. Tres de ellos son gente de letras; dos novelistas fasci-

nados por una comarca exótica: Duplessis y Ferry, el tercero era un sabio historiador: Ampère.

Löwenstern era muy rico, Beltrami se queja de ser pobre. Chevalier y Charnay vinieron como enviados por gobiernos franceses. De Fossey, Charpenne y probablemente Coppey vinieron como colonos. Algunos, como Olliffe, Ampère y Morelet, hicieron por México un viaje rapidísimo. Charpenne y Löwenstern estuvieron en el país cerca de un año. De Fossey vivía en México. El abate Domenech conoció especialmente la región noreste del país; Morelet conoció el sureste. Beltrami era anticlerical y probablemente ateo; Domenech era un misionero católico; Löwenstern había practicado la religión mosaica.

Añadamos, finalmente, que los viajes datan de muy distintas fechas. Los viajeros conocieron México en distintas épocas, con distintos presidentes, e incluso bajo diferentes constituciones políticas. Ellos mismos procedían de muy diversas clases sociales y económicas y su formación intelectual era de lo más dispar. Pero a través de esas grandes diferencias, que a veces rayan en divergencia, descubrimos una serie de rasgos comunes. Algunas de estas coincidencias son producto de la observación de una misma realidad. Es natural que sucesivos viajeros descubran en un país una serie de hechos, o de costumbres, que permanecen casi inalterables porque son lo que constituye la realidad característica de ese lugar. Sin embargo, hay otras coincidencias mucho más importantes y más interesantes, que no dependen ya de la realidad observada, sino de una reflexión sobre dicha realidad. Es decir, ante algunos rasgos notables de la vida mexicana estos autores reaccionan de una manera bastante parecida y las reflexiones a que se entregan resultan singularmente semejantes en todos ellos.

Los lectores contemporáneos de estas obras deben haber descubierto esos temas comunes y, precisamente por el hecho de su repetición, deben haberles concedido mayor importancia que al resto de los relatos. Es probable, además, que hayan quedado más grabados en la memoria del público y hayan dejado más huella por la misma razón. También es posible

que los lectores terminaran imaginándose a México a través de esos repetidos enfoques.

Estos temas comunes a todos los viajeros son muy interesantes y muy reveladores, hay en ellos un fondo económico y político bastante marcado. No se concretan a reflexiones o análisis sobre hechos o situaciones mexicanas, a través de ellos se transparenta Europa. Las ambiciones o necesidades europeas surgen en el fondo de los problemas mexicanos, diciéndolo de una manera un poco melodramática, en estos libros se intuye que Europa está al acecho y que México es la presa deseada.

He aquí estos grandes temas que aparecen en todos los viajeros y que forman el verdadero meollo de sus obras:

- a) la riqueza inagotable de México;
- b) la desastrosa situación política de México;
- c) los mexicanos y sus defectos;
- d) las grandes reformas y mejoras que podrían introducir los europeos en México;
- e) los inconvenientes, muy escasos, que habría que afrontar para llevar a cabo dichas reformas;
- f) sugestión o petición declarada de una intervención francesa en México, lo que sería un bien para todos, tanto franceses como mexicanos.*

EL TEMA INICIAL de la riqueza de México es el más amplio y el más repetido. Los viajeros que visitaron nuestro país durante el siglo XIX llegaron con la idea preconcebida de que México estaba dotado de unas inmensas riquezas naturales. Nada de lo que vieron durante su viaje les hizo cambiar de opinión; aunque la nación atravesara por frecuentes crisis políticas; aunque el problema máximo de todos los gobiernos fuera la falta de fondos, los viajeros siguieron convencidos de la existencia de una riqueza natural inmensa, pero deficientemente explotada. He aquí dos ejemplos breves que pue-

* Es imposible, dada la brevedad de este trabajo, presentar una selección de fragmentos que ilustren y demuestren la tendencia de los viajeros a insistir particularmente en los temas enumerados. De vez en cuando se intercalará alguno especialmente claro y breve.

den servir como muestra de esa opinión general. Dice J. C. Beltrami:

Poseen (los mexicanos) todas las calidades de tierras y todos los climas propios a las producciones de ambos mundos: la naturaleza les ha concedido un depósito general de todos los metales los más preciosos y necesarios; la Providencia los colocó entre la Europa y las Indias orientales y los dos grandes mares bañan sus costas en una extensión inmensa... Además el mar de California les ofrece perlas, así como las tierras interiores oro y plata, recogidos con abundancia en su seno.⁸

J. J. Ampère visitó México poco después de concluida la guerra con los Estados Unidos, este autor supone que el desastre se va a repetir en un futuro no lejano y exclama:

...que devienda ce beau et malheureux pays, le plus riche en productions de tous genres qui soit au monde, le seul qui réunisse les métaux précieux au productions végétales des climats tropicaux et des climats tempérés.⁹

Esta fabulosa riqueza de México tan exageradamente ponderada por los viajeros se catalogaba, a grandes rasgos, en dos clases: riqueza de origen mineral y riqueza debida a la explotación agrícola. La primera clase, la riqueza obtenida de las minas, causa en los viajeros un verdadero espejismo. La riqueza del subsuelo de México en vetas de plata es descrita por todos ellos de una manera llena de entusiasmo y avidez. Veamos un par de ejemplos. Dice Mathieu de Fossey:

Les mines du Mexique ont donné les neuf dixièmes de tout l'argent qui circule dans le monde entier, et celles de Guanaxuato fournissent à elles seules les trois quarts de ce qu'on tire annuellement du sein de la terre. C'est en considérant les groupes des montagnes entassées les unes sur les autres, dont les entrailles recèlent tant de métaux précieux, qu'on demeure étonné des richesses incalculables de ce pays privilégié de la nature.¹⁰

Charles Olliffe concluye así sus observaciones sobre las minas de México: "A mesure que les siècles s'écourent les célèbres mines d'argent du Mexique ne semblent nullement en voie de s'épuiser"¹¹

La idea común a todos los viajeros es que las minas mexicanas son las más importantes del mundo y que el momento de su extinción está todavía muy lejano, porque el subsuelo entero de México es una veta riquísima.

Si la minería era un infalible camino hacia la riqueza en México, los viajeros afirman que la agricultura podía serlo igualmente. Además la agricultura podía abarcar cultivos tropicales, cada vez de mayor demanda en los mercados del mundo: vainilla, cacao, café, etc.; cultivos de tipo subtropical, esenciales para la economía internacional: azúcar, algodón, tabaco, etc.; o cultivos propios de clima templado: cereales, legumbres, frutales, etc. et. Los suelos y los climas de México servían para todo según los viajeros. Veamos un par de ejemplos. Dice Löwenstern:

J'y trouvai une des nombreuses preuves qu'au Mexique c'est dans la fertilité du sol qu'il faut chercher la véritable richesse.¹²

Y Mathieu de Fossey dice del Bajío.

Les terres du Bajío rendent communément trente grains de blé pour un, sans jamais recevoir d'engrais. On se fera une idée de cette prodigalité de la cères mexicaine en réfléchissant que l'on ne récolte en France que sept fois la semence, terme moyen.¹³

Por cierto, aquí conviene recordar que el hecho de que México produjera algodón (cuidadosamente registrado por todos los viajeros) fue un factor importante en la decisión del gobierno francés de intervenir en 1862, cuando los Estados Unidos, primer productor mundial de algodón, habían suspendido sus exportaciones a causa de la guerra de Secesión, con gran perjuicio de la industria textil francesa.

A la riqueza minera y agrícola hay que añadir las posibilidades infinitas de la pesca, en un país tan extensamente dotado de litorales sobre dos océanos.

Este tema de las riquezas naturales de México tan reiterado y atractivo debe haber causado en más de un lector francés el deseo de emigrar a esta comarca favorecida por la natura-

leza. Y no sería remoto que algún miembro del gobierno francés, al leer uno de estos libros, haya suspirado pensando en lo útiles que serían las riquezas mexicanas puestas al servicio de Francia.

Si la minería y la agricultura son los dos caminos más despejados para la obtención de la riqueza, los viajeros hacen saber que queda otra posibilidad, posibilidad que hasta los momentos en que ellos escriben no ha tenido desarrollo: la industria y el comercio. Sobre este aspecto de la economía mexicana los viajeros proporcionan escasas noticias, pero éstas apuntan siempre hacia la gran oportunidad que se les presenta a la gente emprendedora. En México no existía apenas algo que mereciera el nombre de industria, el comercio interior era pobre y el exterior se basaba en la exportación de un limitado número de productos tropicales. Todo este vastísimo campo de actividad estaba virgen, esperando gente decidida que se lanzara a explotarlo. Y, en efecto, poco a poco, a lo largo del siglo XIX, México se fue llenando de comerciantes, artesanos y capitanes de empresa extranjeros y como siempre—exceptuando a los españoles— el número más crecido era de franceses.¹⁴

Un curioso libro, titulado *Les Français au Mexique*, obra de Auguste Genin, un francés que residió muchos años en México a fines del siglo pasado y principios de éste (trabajaba en la fábrica nacional de armas y pólvora), nos muestra cómo la sociedad mexicana estaba incrustada de inmigrantes franceses dedicados a las más diversas actividades, en algunas de las cuales ejercían un verdadero monopolio: cocineros, modistas, peluqueros, dueños de empresas de transporte, dueños de hoteles, etc. Estos franceses trabajaban enérgicamente con el fin de enriquecerse y volver a Francia en posesión de una cierta fortuna. Désiré Charnay comenta: “La société française au Mexique est composée de gens énergiques qui, partis de bas, sont guidés à la fortune grâce à un travail obstiné.”¹⁵

No olvidemos que uno de los motivos de la intervención de 1862 era, precisamente, el de proteger las vidas y fortunas de estos ciudadanos franceses en México, cuyos éxitos y fructuoso trabajo comentan los viajeros. Y esto nos lleva a

tratar el segundo gran tema de la obra de los viajeros: la situación política de México en la primera mitad del xix.

Es el caso que la historia política de México durante el siglo pasado es realmente impresionante. La guerra siempre es nefasta, pero la guerra civil parece serlo mucho más; México vivió largos años de su historia saliendo de una contienda para entrar en otra. Cuando, en 1857, estalló la guerra de Reforma la situación empeoró de una manera terrible, no en balde decía Justo Sierra: "Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional".¹⁶ Este espectáculo lastimoso, un país que se debatía con desesperación para no hundirse definitivamente y que a cada convulsión parecía hundirse más, era notorio y muy visible, todos los viajeros lo observaron de inmediato. En unos causó una impresión de consternación, en otros cierto regocijo, según los temperamentos. En los libros de los viajeros México es más una entidad geográfica que una política. Tiene personalidad física: bellos panoramas, ricas minas, altas montañas... Pero no tiene personalidad como estado político, su organización interior está sujeta a cambios tan frecuentes que no merece la pena, según los viajeros, tratar de profundizar en ello: además su influencia internacional es nula. Veamos unos breves ejemplos. Dice De Larenaudière: "Etrange destinée que celle d'un pays où la fièvre révolutionnaire semble l'état normal."¹⁷ Gabriel Ferry en cuanto llegó a la ciudad de México fue a visitar el Zócalo, donde encontró una confusa muchedumbre y entre ella "...officiers et bourgeois s'entretenaient des révolutions faites ou à faire."¹⁸ Y ampère comenta: "...comme le Mexique est toujours au moment de se briser et de se dissoudre, si on veut le trouver à peu près vivant il faut se hâter de le visiter."¹⁹

Nuestros viajeros suponían que los días de México como estado soberano e independiente estaban contados y sospechaban que el fin de esa situación de desastre sería su anexión a los Estados Unidos, a menos que alguna nación europea supiera aprovechar las circunstancias. Si se quiere frenar a esos peligrosos Estados Unidos, dicen los viajeros, conviene no perder de vista a México.

Al tratar del tema de la situación política se pasa automáticamente al siguiente gran tema: los mexicanos. Porque salta a la vista que entre las posibilidades naturales de México y sus instituciones sociales y políticas hay un abismo de incongruencia. Si México es un país riquísimo ¿cómo se explican sus desdichas políticas?, ¿dónde está la falla? Respuesta unánime de los viajeros: la falla está en los mexicanos que no merecen el país que poseen.

A los mexicanos los viajeros les atribuyen defectos muy graves entre los que destaca su propensión a la vagancia. Veamos algunas muestras de esas poco benévolas opiniones. Dice Chevalier, después de haber alabado las virtudes de los norteamericanos: “. . . tandis que les Hispano-Américains semblent n'être qu'une race impuissante qui ne laissera pas de postérité. . .”²⁰ (Chevalier no conoció más país de Hispanoamérica que México.) Escribe Löwenstern: “Au Mexique c'est la dépravation d'une nation entière qui irrite, c'est le déchaînement complet d'hommes incapables de se gouverner qui effray. . .”²¹ El abate Domenech dice: “. . . j'avais surtout affaire aux Mexicains, qui composent le fond de la population. . . j'allai me trouver seul au milieu d'hommes ignorants, superstitieux, nonchalants, enclins à l'immoralité. . .”²²

A estas duras críticas no escapa ningún sector de la sociedad y tanto el sexo femenino, como el clero, reciben unas dosis bastante altas, quedando muy mal parados.

Una cosa muy curiosa y digna de anotarse es el interés que todos los viajeros manifiestan por el ejército mexicano, al que observan con gran atención. Como todo el resto de la sociedad los militares presentan en estas obras una imagen deplorable. Gabriel Ferry analiza la condición de los oficiales y concluye que son unos ineptos: “. . . car on ne lui a rien appris, pas même les éléments de son métier. . .”²³ Comenta Domenech que en Matamoros ha observado una guarnición mexicana: “Ces soldats dorment presque toute la journée, sous un bosquet de palma christi planté près de leur baraque. Sur cet échantillon de l'armée mexicaine, je jugeai que les succès remportés par les Américains n'avaient rien de surprenant.”²⁴ Y Mathieu de Fossey concluye: “Il n'y a pas en France un

sergent intelligent qui n'en sache plus qu'un officier supérieur au Mexique; il n'y a pas un sous-lieutenant qui, après une campagne, ne puisse battre tous les généraux de la république. . .”²⁵

Algunos años después, en 1862, el general Lorencez decidió llevar adelante él solo la intervención, a pesar de que Inglaterra y España retiraron sus fuerzas. Juan Prim, el plenipotenciario español, advirtió que los elementos con que contaban los franceses eran excesivamente escasos (se conservan de él unas cartas muy agudas y realmente proféticas), pero Lorencez no prestó atención, convencido de la abrumadora superioridad francesa y de la igualmente abrumadora incapacidad mexicana. El resultado fue el famoso encuentro del 5 de mayo en Puebla, en que los franceses fueron derrotados. ¿De dónde sacó Lorencez su ciego convencimiento?

La manifiesta falta de capacidad de los mexicanos, según los viajeros, nos conduce al siguiente tema: las mejoras que los europeos podrían introducir en México. Resulta claro que si México es un país rico y lleno de recursos y los mexicanos son incapaces de explotarlo debidamente, se están perdiendo esos recursos de una manera lastimosa, en perjuicio de toda la humanidad. La teoría de los viajeros es que si los mexicanos se dejaran guiar por los europeos el beneficio sería para todos. Dice Morelet, hablando de la región de Campeche: “. . .une direction intelligente doublerait le revenu de ces bois et les préserverait de la ruine qui menace incessamment de les atteindre. Ces observations ne seraient point perdues en Europe, mais le mal réside bien moins ici dans la qualité du terrain que dans le caractère de la population.”²⁶ Y Lucien Biart escribe: “Por falta de brazos, de medios de comunicación y de industria, la República Mexicana que puede aprovisionar a Europa de algodón, sigue siendo tributaria de los Estados Unidos, su poderoso vecino. . . ¡Ay! ¡Tanto desheredado en Europa y aquí tanta riqueza perdida!”²⁷ Y Chevalier concluye: “. . .ce n'est pas la faute de la nature, c'est celle des hommes. On retrouve ici la funeste influence de la mauvaise organisation politique qui y arrête les progrès de tout genre.”²⁸

Los viajeros manifiestan claramente el deseo que tienen de ver las riquezas de México bajo dirección europea, o más exactamente, francesa, con lo cual el país mejoraría y el mundo entero gozaría los beneficios. La posibilidad de que México por obra y esfuerzo de los propios mexicanos pudiera salir adelante es algo que no se le ocurrió a ninguno de nuestros autores.

Sin embargo, aunque los viajeros están incitando a sus compatriotas a que se trasladen a México con el fin de encabezar la evolución económica del país, se sienten en la obligación de advertirles a los futuros inmigrantes europeos que tropezarán con algunos obstáculos e inconvenientes. Pero estos inconvenientes presentados por nuestros autores son relativamente benignos; el europeo no encontrará en México ningún obstáculo insalvable. Los inconvenientes, tal como los presentan los viajeros, son de dos clases: humanos y naturales. Los primeros dependen de los defectos de carácter que, según ellos, son propios de los mexicanos y que hay que tener en cuenta, puesto que los naturales del país proporcionan la mano de obra esencial. Los segundos son debidos a la naturaleza física de México. Entre los primeros están la propensión a la vagancia, las frecuentes revoluciones con su consiguiente desorden e inestabilidad política, económica y social; la ausencia de buenos medios de comunicación y la pavorosa abundancia de bandidos y asaltantes. Según Ampère en México hay dos cosas totalmente insufribles: "...la fièvre jaune et les brigands."²⁹ En cuanto a los inconvenientes naturales, el propio Ampère nos da la clave de uno de los peores, una de las cosas más temibles de México era el terrible "vómito prieto", la fiebre amarilla, mal endémico en todo el litoral del Golfo.

Las quejas con motivo de los bruscos cambios de temperatura son también muy frecuentes, e igualmente frecuentes son las quejas por la abundancia de insectos y reptiles ponzoñosos. Cosa curiosa, según los viajeros los animales grandes, pumas, jaguares, coyotes, etc., son más bien inofensivos, pero en cambio los bichos pequeños son molestísimos y peligrosos. Y, finalmente, un inconveniente de mayor magnitud, la escasez

de agua. "Ce pays manque de rivières navigables et n'a généralement pas assez d'eau" ³⁰

La verdad es que los inconvenientes son casi nulos en la visión de los viajeros. Si se considera que en estos tiempos los franceses estaban penetrando en el Gabón, Madagascar, o en Tahití, etc., se comprende que ninguna de las molestias propias de México les parecieran excesivas, al fin y al cabo México era un país europeizado en gran proporción, no un territorio salvaje e inhóspito.

Para concluir, ¿a dónde conducen todas estas consideraciones en las obras de los viajeros? En casi todos ellos, clara y abiertamente, a sugerir al gobierno de Francia que aproveche las desdichas políticas de México para intervenir y convertirlo en una especie de protectorado francés, añadiendo que cuanto más pronto se tome tal medida será mejor, porque si no los Estados Unidos se adelantarán. A los lectores modernos nos sorprende que un punto tan grave de política internacional se trate con tanta ligereza, pero los europeos del siglo XIX, por efecto de la política de la Santa Alianza, estaban muy familiarizados con las intervenciones militares y les parecía un paso político justificado, o cuando menos, comprensible y justificable.

Es difícil encontrar ejemplos breves y claros sobre este punto, es más bien una cuestión de atmósfera, del ambiente y tónica general de estos libros, pero *Le Mexique ancien et moderne* de Chevalier, o los últimos capítulos de la obra de De Fossey no son sino una explicación y una justificación de la intervención francesa. En el resto de las obras mencionadas se encuentran muchas páginas que abundan en la misma tendencia.

ESTO ES, MUY ESCUETAMENTE presentado, lo que los viajeros expresaban en sus obras y lo que el lector medio francés obtenía de su conocimiento. Y se puede suponer, con fundamento, que el gobierno imperial, encabezado por Napoleón III, amplió sus noticias sobre México estudiando estas obras. Cuando el asunto de los bonos Jecker y la deuda exterior mexicana hicieron crisis, la atención de Francia se fijó en

México, al pensar en México pasaron, sin duda, por la mente de los consejeros de Napoleón las noticias de comentarios de los viajeros franceses que habían tenido directo contacto con nuestro país. Y la suposición no es gratuita. De los viajeros aquí mencionados hubo tres que estuvieron directamente relacionados con el gobierno imperial: Michel Chevalier, el consejero de estado; Désiré Charnay, el arqueólogo cuyo viaje y cuyos libros fueron patrocinados por el propio emperador; y el abate Domenech, agente de enlace entre el imperio de Maximiliano y la opinión pública francesa; la posición de Domenech le obligó a tener relación con el gobierno francés, puesto que la situación de Maximiliano dependía de la política de Napoleón III.

No cabe duda, Napoleón III debió tener, como muchos de sus súbditos, un cierto conocimiento de México apoyado, en parte, en las obras de los viajeros. Conoció, pues, esos grandes temas comunes a todos. Pero entre esos temas faltó uno, que olvidaron los viajeros y que olvidó Napoleón: los mexicanos, pese a todos los defectos que se les atribuyen, pudieron sacar adelante su país.

NOTAS

¹ Christian SCHEFFER, *La grande pensée de Napoleon III*, París, Librairie Marcel Rivière, 1939, p. II.

² *Versión francesa de México. Informes diplomáticos. 1858-1862*, volumen segundo, traducción y prólogo Lilia Díaz, México, El Colegio de México, 1964.

³ Daniel Cosío VILLEGAS, "La riqueza legendaria de México" en *El Trimestre Económico*, México, Fondo de Cultura Económica, abril-junio 1939, VI, Nº 1.

⁴ Francisco LÓPEZ CÁMARA, *Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la Intervención*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, sección Historia, 1962, p. 17

⁵ Lucien BIART, *La tierra caliente. Escenas de la vida mexicana*. México, editorial Jus, 1962, p. 191.

⁶ SCHEFFER, *op. cit.*, p. 257.

⁷ Francisco de Paula ARRANGOIZ, *Méjico desde 1808 hasta 1867*, 4 volúmenes, Imprenta de Pérez Dubrull, 1871, IV, p. 88.

⁸ J. C. BELTRAMI, *México*, 3 volúmenes, traducido del francés para

el folletín de *El Federalista*, Querétaro, Imprenta de F. Frías, 1852. III p. 237.

9 Jean-Jacques AMPÈRE, *Promenade en Amérique*, 2 volúmenes 2ª ed. Paris, Levy frères, 1856, II p. 285.

10 Mathieu de FOSSEY, *Le Mexique*, Paris, Pion editeur, 1857, p. 436.

11 Charles OLLIFFE, *Scènes Américaines*, 2ª ed., Paris, Libraire Amyor, 1863, p. 308.

12 Isidore LÖWENSTERN, *Le Mexique*, Paris, Arthus Bertrand éditeur, 1843, p. 201.

13 DE FOSSEY, *op. cit.*, p. 439.

14 LÓPEZ CÁMARA, *op. cit.*, p. 66.

15 Désiré CHARNAY, *Cités et ruines Américaines*, Paris, Gide éditeur, 1863, p. 149.

16 Justo SIERRA, *Judrez, su obra y su tiempo*, en *Obras Completas del maestro Justo Sierra*, México, U.N.A.M. 1959, vol. XIII, p. 159.

17 M. de LARENAUDIÈRE, *Mexique et Guaemala*, Paris, Didot frères éditeurs, 1843, p. 213.

18 Gabriel FERRY, *Scènes de la vie mexicaine*, Paris, Lecou editeur, 1855, p. 94.

19 J.-J. AMPÈRE, *op. cit.*, II, p. 225.

20 Michel CHEVALIER, *Lettres sur L'Amérique du Nord.*, 2 vol., Paris, Librairie Gosselin, 1837, II, p. 378.

21 LÖWENSTERN, *op. cit.*, p. VII.

22 Emmanuef DOMENECH, *Journal d'un missionnaire au Texas et au Mexique*, Paris, Librairie Gaume, 1857, p. 252.

23 FERRY, *op. cit.*, p. 234.

24 DOMENECH, *op. cit.*, p. 288.

25 DE FOSSEY, *op. cit.*, p. 265.

26 Arthur MORELET, *Voyage dans L'Amérique centrale et le Yucatan*, Paris, Gide éditeur, 1857, p. 291.

27 BIART, *op. cit.*, p. 132.

28 Michel CHEVALIER, *Le Mexique ancien et moderne*, Paris, Hachette, 1863, p. 423.

29 AMPÈRE, *op. cit.*, II, p. 234.

30 LARENADIÈRE, *op. cit.*, p. 5.